

## La Promesa.

Nube Roja

A esa hora el sol ya comenzaba a ocultarse tras los techos de las casas. El cielo aún brillante contrastaba con la penumbra del feo paisaje cercano. Sentado en la terraza trataba de ignorar el aire fresco que intentaba colarse por la delgada tela de mi camisa. Del interior de la casa, una tímida música lograba de cuando en cuando llegar a mis oídos, abriéndose paso entre el ruido de la calle y los gritos estridentes de la chiquillería del barrio.

Como en tardes anteriores, también ahora la espero a ella. Ella era tan hermosa; su caminar gracioso acompañado por el movimiento de sus caderas, nunca ignorada por ojo de hombre alguno. Cuando se me acercaba, podía oler su perfume, aroma sensual de su cuerpo que me hacía imaginarla desnuda.

Las nubes se visten de rojo en el cielo anunciando una lenta tarde Ella me dijo que vendría.

Pasamos tantos momentos felices, que recuerdo a cada instante escuchando su risa como de cristales cayendo alegres sobre las piedras del río. Cuando íbamos de paseo al campo en los días de ocio, tendidos en la hierba confundíamos nuestros cuerpos alegres, hasta hartarnos de amor. Sólo la egoísta brisa fría de la tarde interrumpía nuestra alegría.

Las nubes abandonan el rojo y se tornan grises. La estoy esperando; ella me dijo que vendría.

Recuerdo el momento en que nos conocimos. Fue en un atardecer de otoño, hace 10 años, quizás más, quizás menos. Corría un viento nada amigable. Fue mi única visión. Sus caderas cimbreantes remedando sus pasos, con su brazo derecho

sujetando su sombrero, iba ella caminando delante mío por el parque a la orilla del río. Una brisa traicionera levantó su falda de ancho ruedo, mostrándome generoso sus muslos morenos. El accidente le hizo soltar el sombrero que voló raudo hasta mis pies. Rápida, con movimiento ágil recogió el sombrero al unísono con mi mano. Nos levantamos y casi chocan nuestras bocas en un beso no buscado. Nos reímos. Entonces escuché por vez primera, su risa contagiosa que a cada instante hiere mis recuerdos.

Ya se va el sol y con él el día. Como cada anochecer, hoy también la espero.

Esa tarde hablamos de ella y de mí, hasta que el día cedió su tiempo a la noche. La dejé en la puerta de su casa cuya entrada de cuatro gradas rojas, estaba cubierta de hojas amarillas. Entró rozando su ancha falda en los bordes de la puerta, miró atrás con una sonrisa y cerró la puerta. Sentí que había perdido un pedazo de ser.

Ya termina el día. Debe estar por venir, nunca había tardado tanto.

Los recuerdos vuelan como la última luz del sol.

Cada día nos encontramos en el parque a la orilla del río, como en un intento vano por guardar ese primer momento. Nuestras manos comenzaron a entrelazarse haciendo amistad entre ellas. La amistad se convirtió en amor y el amor en pasión. Vinieron otros otoños y primaveras, pasando raudos por el lado de nuestras vidas. El amor nos hizo ignorar el tiempo y el tiempo llegaba y se iba, como desilusionado por nuestra indiferencia.

Los días pasaron, pasaron los meses y pasaron los años. Las mejillas rosadas de aquel otoño se tornaron con el tiempo pálidas. Sus ojos, antes reflejo de su risa loca,

se volvieron taciturnos mirando un paisaje inexistente. Nada pudo el amor para retornar el color a sus mejillas ni el brillo a su mirada.

Ya es de noche, hace frío. Nunca había tardado tanto. Sé que vendrá porque la estoy esperando.

Esa tarde, tarde de otoño sólo adornado por el porfiado caer de hojas amarillas, tenía tomada su mano sudorosa. Me miraba como sin verme y sus labios, en un esfuerzo infinito, me dijeron que me amaba.

Me incliné sobre ella y temiendo hacerle daño puse un beso sobre sus labios. Casi imperceptible la escuché cuando me dijo: por muy lejos que yo vaya, volveré para verte. Cerró sus ojos y comencé a esperar su regreso.

La noche ya cayó robándose mi luz. Yo sé que ella vendrá.

Mañana la esperaré de nuevo; ella me prometió que volvería.